

# REFLEXIONES SOBRE LA LECTURA EN TORNO A TRES LIBROS

FELIPE GONZÁLEZ ALCÁZAR, UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

Recibido: enero/ Aceptado: marzo 2013

**RESUMEN:** Acerca de la importancia de la lectura se han planteado numerosas teorías, muy influyentes en la crítica literaria desde el nacimiento de la Estética de la Recepción en los años sesenta. En este artículo se van a describir algunos de los problemas que convergen en las Teorías de la Lectura en relación con tres libros: *Estética de la lectura* de Pedro Aullón de Haro, *La lectura docta en la Primera Edad Moderna (1450-1650)* de Iveta Nakládálová y *La poética de la lectura en Quevedo* de Darío Villanueva. **Palabras clave:** teorías sobre la lectura, teoría de la literatura, crítica literaria, historia de la lectura. **ABSTRACT:** Many theories have expressed reading's significance for literary criticism since Reception Theory came out during the Sixties. This essay will relate some problematic questions contemplated by the Reader-Response Criticism to three books published in Spain recently: *Estética de la lectura*, *La lectura docta en la Primera Edad Moderna (1450-1650)* and *La poética de la lectura en Quevedo*. **Keywords:** reading, reception aesthetics, writing, tradition, imagination.

La experiencia de la lectura ha sido básica en el nacimiento de nuestra civilización occidental pues va unida tanto a la continuidad de los saberes y de la Literatura desde la adopción del alfabeto, cuanto a cierta ruptura con aspectos propios de la oralidad que no fueron conservados con la escritura por múltiples razones. No sabemos si Homero sabía leer y escribir —y sobre ello se han gastado múltiples razones— pero sí podemos entender las causas por las cuales hubo de ser preciso poner por escrito la *Ilíada* y la *Odisea* y las consecuencias derivadas de ello: desde la conservación hasta la transmisión, pasando por el cuidado del texto o la división en cantos —propia de la filología alejandrina—, todo ello dependió en algún momento más de la serie escritura-lectura que de la capacidad de los rapsodas por recordar y transmitir su recuerdo a otros. Pese a la *generalización* de usos escritos en la educación quizás desde finales del siglo V al IV a. de C. en la Grecia ateniense, la esfera cultural más amplia no dejó de ser básicamente oral y sus ciudadanos más influyentes escasamente alfabetizados. Con todas las salvedades posibles esta situación se mantuvo hasta el siglo XIX; hoy mismo,

en Europa, a pesar de su tradición libresco, la mitad de la población no compra libros y solo lee asiduamente un 25% de ella. Sin embargo, no es posible afirmar que la nuestra es una sociedad oral en el sentido en que lo fueron las anteriores. Cuando Platón, uno de los modelos más perfectos de prosa escrita del período clásico griego, desdeñaba la escritura como máscara o almacén del conocimiento, o señalaba irónicamente a su discípulo Aristóteles llamándole “el lector”, *anagnostés*, por su gran conocimiento libresco (basta un catálogo de los libros que cita en la *Poética* para darse cuenta de ello) y su costumbre de adquirirlos, la inmensa mayoría de los atenienses no podía acceder a la lectura. Pero ya vivían en una sociedad en que la escritura fijaba las normas —*nomoi*— por las que la polis se gobernaba<sup>1</sup>. Desde el comienzo la secuencia lectura-escritura fue decisiva en la instauración de profesiones regladas que condicionaban un estatuto de pertenencia a ciertas castas o grupos de escogidos: desde los escribas a los sacerdotes, de los juristas a los diplomáticos. La creatividad literaria fue quizás el último gran paso de un proceso que comenzó entre comerciantes según parece deducirse

de las tablillas mesopotámicas<sup>2</sup>. La deriva hacia un mundo dominado por la escritura hace imposible que unos pocos sean sus únicos usuarios, y aún así cuando nos referimos a los lectores nos estamos dirigiendo casi exclusivamente a los que disfrutamos con la Literatura, como se desprende de la anterior referencia estadística.

La lectura, con independencia del soporte o del canal, convive contradictoriamente con pares muy fijados o esquematizados, tales como escritura y habla, cultura oral y escrita, lo escrito perdurable frente al olvido de lo dicho (... *scripta manent*) y su contrario, el valor de la palabra frente al “papel mojado”, incluso “escuchabilidad” frente a “legibilidad” como argumentaba Hirsch para explicar el paso en la modernidad renacentista desde la *scribal culture* a la *print culture*. La pujanza de los medios tecnológicos de nuestros días parece estar provocando otra situación similar de encrucijada, si bien, a mi parecer, todavía no tan aguda como lleva aventurando la sociología de la cultura y la epistemología científica desde la difusión global de *internet* y la accesibilidad proporcionada por la extensión de dichos medios<sup>3</sup>. La escritura-lectura y las tipologías consecuentes, así como las capacidades y posibilidades de la comunicación escrita para ser revelada, entendida o desvelada, han pretendido incidir en esas dualidades generando relaciones complementarias entre los que saben leer y los que no, ya sea por desconocimiento del alfabeto, del idioma, de los contenidos del mensaje, un código secreto, unas referencias muy parciales..., y es inevitable que en ellos existan las claves para descifrarlos ya que está en la raíz de todo secreto el empeño en que deje de serlo.

La lectura, por otra parte, sigue siendo el proceso principal, reconociendo la existencia de otros en los que no voy a detenerme, a través del cual los seres humanos aprendemos, estudiamos, transmitimos

saberes y, en definitiva, accedemos a las obras literarias, por más que la naturaleza de la Literatura sea siempre más compleja que la de la escritura en general. No descubrimos nada nuevo al recordar cómo el pensamiento literario ha ido proporcionando un lugar de acomodo preeminente al lector-receptor en la comunicación literaria desde las propuestas de la Estética de la Recepción en años coincidentes con el pleno dominio del Estructuralismo y de su continuidad en la Semiótica. Y fue precisamente la necesidad de la Semiótica por trasladar dentro del esquema comunicativo el factor clave para la interpretación de los mensajes, lo que propició el giro hacia la recepción. El protagonismo del receptor, lector o no, en el ejercicio de descodificar un mensaje –codificar era para Martinet nada más que construir un enunciado–, vino propiciado por la consistencia específica del mensaje literario: ambigüedad, connotación, figuración o creatividad. Los métodos del Formalismo, pretendiendo frenar los excesos del biografismo o el impresionismo crítico, iniciaron la voladura controlada –Roland Barthes– de las reglas del modelo comunicativo anterior, y si bien en un primer momento pareció entrar en colisión con la primogenitura del emisor, el exceso de inmanentismo produjo después un rechazo sobrevenido a cierta objetividad unilateral del mensaje. Las llamadas teorías orientadas hacia el lector (Hermenéutica, Fenomenología, Estética de la Recepción, Teoría de los Actos de Habla y *Reader-Response Criticism*), no todas ellas “teorías literarias”, desde los años contraculturales de los 60 hasta su cenit en los 80<sup>4</sup>, permitieron hacer converger en su visión cuestiones que el Formalismo creía muy parciales en la comprensión de la Literatura: quién lee, cómo se lee, qué es la lectura, qué efectos produce en nosotros... El resultado de todo ello fue magnificado por la presencia de la Deconstrucción; no

obstante, parecía cada vez más improbable que se pudiera hablar de Literatura sin referirse a los destinatarios de los textos, aun a sabiendas de que lo literario no es una propiedad en el marco de lo escrito. La propia Semiótica estructural, sin acabar de fijar los límites de esa descodificación debido a las posibilidades de semiosis infinita de diferentes códigos<sup>5</sup>, ofreció la excusa perfecta para que la complejidad del mensaje se hiciera inextricable por reducir hasta el mínimo posible los niveles del análisis, a pesar de que todo lo relevante en la expresividad literaria no es siempre necesariamente interpretable. Fue aprovechado con ese mismo rigor para ofrecer una partición *ad infinitum* de los destinatarios-descodificadores: por razón de su sexo o de su género, sea esto lo que fuere, por su condición social, religiosa... Todos somos, pues, intérpretes, y nuestra manera de interpretar adquiere una resonancia que se justifica en su misma validez, aunque nadie, y Derrida mucho menos, dijera nunca que un texto quiere decir cualquier cosa que se quiera decir de él ni que todos los métodos interpretativos deban ser igual de aprovechables, convenientes o sólo convincentes. Las conclusiones de Barthes en *S/Z* (1970) defendiendo la posibilidad de cualquier lectura se enmarcan en otro episodio de su lucha contra las intransigencias de la Crítica tradicional y del doble sentido del término. Las Teorías sobre el Canon, por su parte, han servido de revulsivo a la contra, pues señalar qué libros deben ser leídos frente a otros y por qué causas, lejos de conmover el viejo lamento del exceso de libros existentes y de la imposibilidad de conocer todos los relevantes sobre cualquier cosa, han convertido esta querrela en un campo de lucha entre saber leer, qué leer y cómo hacerlo. Imposible, desde luego, contentar a todos los lectores-receptores en función de su subjetividad, que por lo visto le impide entender lo mis-

mo que el prójimo, en cuyo auxilio han venido las Teorías Sistémicas y los Estudios Culturales desde la Sociología.

La tipología de los lectores, el elemento que cierra esta especial comunicación aunque no el único activo, ha sido la principal aportación de la Crítica de la Respuesta del Lector. En las individualidades, puesto que los intereses son tan distintos, se ha pretendido explicar el proceso en su globalidad, es decir, al querer significar *múltiples lecturas* como conocimiento, asimilación e interpretación de la Literatura, en franca sinestesia del concepto ya que leer a veces no es más que leer, aunque sea gozosamente. Así pues, desde –parece ser– el *mock reader* o lector ficticio de Gibson, a quién se destina el texto puede llamarse lector implícito, informado, modelo o fingido, por citar ejemplos muy difundidos, a condición de que interprete, es decir, ejerza una competencia lectora que demuestre ser capaz de rellenar los huecos o vacíos textuales, y debiendo provocar en nosotros una respuesta afectiva, identificadora, proyectiva o catártica. Por su parte, las teorías sobre las *experiencias de la lectura* suelen coincidir en un haz de intersecciones que separa intencionalmente a la lectura literaria de otras lecturas, entendiendo que aquella requiere un esfuerzo cooperativo especial y partiendo siempre de que el análisis ha de sustanciarse en ese lector especial que intente comprender activamente. La Modernidad implica un dinamismo que la inspiración platónica rehuía, cuando a través del emisor la poesía –casi siempre un canto o recitado acompañado de instrumentos musicales que daban nombre a distintos tipos de mélica: citarística, aulética...– unía y conducía a un arrobamiento de los receptores a través del *enthousiasmos*, que era un “dejarse llevar” pasivo bajo el símil de la piedra imán del *Ión*. Pero esta idea de movilidad ha creado expectativas que son difíciles de valorar.

Ante tantísimos caminos abiertos para abordar esta cuestión, que prefiero ver en su conjunto como propuestas de trabajo, me he permitido traer a estas páginas algunas reflexiones que se han ido planteando en torno a mi lectura de tres libros recientes. Son *Estética de la Lectura* (2012) de Pedro Aullón de Haro, *La lectura docta en la Primera Edad Moderna (1450-1650)* (2013) de Iveta Nakládalová y *La poética de la lectura en Quevedo* (2005) de Darío Villanueva.

El libro del profesor Aullón de Haro es un tratado incitado por la necesidad de desarrollar una Estética de la lectura dentro de una Estética general y no como parte de una historia de la lectura, de la que tenemos trabajos excelentes, muchos de ellos inspirados en la historia de las mentalidades, por ejemplo, en los estudios de Roger Chartier. Es inevitable entender esto como un desarrollo de la fenomenología de la lectura en cuanto proceso comprensivo, es decir, un arte, o etimológicamente *téchne*, que enseña a comprender lo escrito, y que había quedado desde el siglo XIX encastrado entre las divisiones de la Retórica y situado en un plano propedéutico, es decir, como aprendizaje de recursos dispuestos previamente para su uso. La pregunta que subyace en el trasfondo de este trabajo, *qué es la*

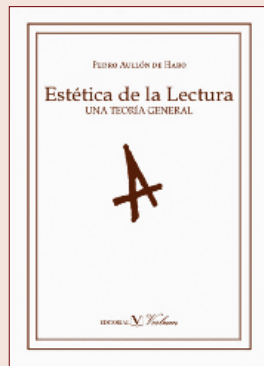
*lectura*, profundiza en lo que no han respondido las teorías orientadas al lector, como si el ejercicio de la lectura (por más que algunos como Culler hubieran abogado por una enseñanza del mismo en tanto descripción de los modos particulares posibles y dentro de una institución social), no se sustentara en un proceso educativo que inevitablemente conduce a enseñar a leer y a escribir, a reconocer diferentes

modelos de textos en relación a nuestra respuesta frente a ellos. La propia etimología de *leer* en nuestro ámbito proviene del indoeuropeo \*leg / \*log (pp. 16-18), y el campo de significaciones en que se desarrolla nos remite al verbo “escoger” y luego a “contar”, “recontar” o incluso “descifrar”. De ahí, a “interpretar”, que parece ser la primera acepción que hoy nos viene a la mente, con el sentido de descifrar o de revelar algún tipo de significado. Claro que a todo ello se ha llegado tras un proceso de metaforización de las condiciones físicas de la lectura: de escoger letras (no extensible a otros tipos de escritura, claro está) y leer listas de senadores o de penados, a leer los labios o el futuro. La comprensión de este fenómeno justifica el rechazo de Aullón de Haro (p. 20) a coincidir con las poéticas de la lectura en tanto las condiciones de legibilidad se puedan convertir en universales, y de ahí a la capacidad generalizada de interpretar o, a mi juicio, a que

los textos nos obliguen a esa interpretación. Parece que la explicación psicoanalítica de los efectos de la lectura, de una mera reflexión a la proyección en lo leído de aspectos de nuestra subjetividad incluido el desciframiento, se ha superpuesto a la mera fisiología de la lectura y ha dado de repente un paso más allá, conjuntando en su seno el proceso de comprensión

de los significados en la hermenéutica de textos sagrados, los métodos de la ciencia (que lee en la naturaleza), el problema de la lectura en la filosofía (de Schopenhauer a Heidegger) y los instrumentos propios de la filología, herederos de la *poetarum enarratio* o del comentario humanístico.

Imposible resultará entender en qué consiste la lectura si no atendemos a la fisiología de la misma, que está en relación



directa con la escritura, su par necesario y complementario. La lectura, pues, implica una interacción siempre presente entre la vista y el oído. No solo en tanto se trate de oralidad frente a escritura, donde la fenomenología tiene mucho que explicar respecto de la relación establecida con la realidad sino que en muchas ocasiones olvidamos que nuestra mente unas veces transforma en imágenes lo leído y otras parece diluirse en un espacio imaginario de cursividad aparentemente infinita en la sucesión de acciones relatadas. Ignoro si consiste en un proceso físico de la lectura o el producto de un aprendizaje de siglos aplicado a un tipo de experiencia literaria en el relato. Aullón de Haro, en este sentido, describe (pp. 48-52) los matices necesarios para entender correctamente que recitación épica (ritmo, respiración, tono, aun dejando aparte otros aspectos gestuales, sin ir más lejos, estudiados en la *actio* retórica) y lectura de un poema épico no es exactamente lo mismo. Esto debería dar la razón a quienes piensan que los múltiples lectores y las múltiples lecturas nos hacen entender cosas distintas en los libros. Aún implican mayores consecuencias los problemas derivados del límite del discurso frente a la cosmovisión (p. 68) que opera cognoscitivamente sobre el acto físico de leer: desde la iluminación, las condiciones físicas de letras o papel, o la situación del libro en tanto respuesta conductista. Y se parece demasiado a las condiciones reflexológicas de la Poética del Imaginario: la posición usualmente secundaria de los ojos (hacia abajo) en la lectura, la focalización sobre un objeto estático, las distintas tipologías con sus juegos visuales y creativos, la disposición textual... No puedo dejar de referir los cálculos sobre el espacio y el tiempo que puede dedicarnos la lectura asidua a lo largo de nuestra vida (si vivimos lo suficiente), siquiera como interrogante en el que yo situé los frustrados límites de

los profesionales de estos oficios, en un descoyuntado ejercicio de atender a la vez a la Literatura y a los libros sobre literatura. Según parece, en el aspecto empírico (pp. 71-72), las 54.120 horas que dedicaría un lector asiduo en 2 horas de sesión diaria se convierten en unos 1.420 “apretados volúmenes”. Y un *Quijote* de unas 900 páginas con el texto seguido en una sola línea tiene una dimensión de más de 6 kilómetros. Debe de ser cierto, según concluyen los neurólogos, que el saber sí ocupa lugar.

Dejando para otro momento el repaso a los manuales de lectura españoles del siglo XIX, más modernos y útiles de lo que parecieron cuando fueron eliminados y sustituidos por otros más cercanos a la pedagogía comunicativa actual, de nuevo arrumbada por la coyuntura de los mismos *media* que aspira a dominar, la última parte de esta teoría de la lectura literaria y científica (pp. 115-145) parte de la premisa comúnmente aceptada de que la obra literaria únicamente existe en la lectura y que su práctica deviene una marca específica de su influencia. La historia literaria corre el riesgo así de convertirse en un panteón de volúmenes medio olvidados si no atendemos a la diferencia entre aquellas obras que se leen, o se han leído en épocas determinadas, y las que no. La Estética de la Recepción puede sumirse en un instrumento de potencia y acto para la Literatura, ya que las obras no dejan de estar ahí en latencia a disposición de los lectores del futuro. Sin embargo, no concede Aullón de Haro a esta escuela crítica, y a otras que han convertido a la lectura en un “problema contemporáneo bastante complicado”, la respuesta primordial ya que el “problema” de la lectura supera en mucho las alambicadas figuras de lectores que se han propuesto. Y hace bien, a mi juicio en describir una taxonomía de distintas lecturas posibles antes que un catálogo de lectores cuya subjetividad con-

dicionará siempre la total diversidad y la carga interpretativa del concepto moderno de lectura. Ahora y antes, el lector puede y debe leer activamente pero nunca podrá sustituir al emisor ni al texto: no todos sabemos las mismas cosas, y en ese triángulo semiósico entre un signo, su objeto y su interpretante, a la manera de Peirce, la significación del signo no siempre es totalmente interpretable. La relación entre emisor, receptor y texto en el ejercicio lector se produce asimétricamente, ya sea por el contexto histórico, debido al uso de códigos que quizás no estén a nuestro alcance, o a la naturaleza del mensaje-texto. Hay una gran variedad de lecturas que en cierto modo condicionan previamente nuestra relación con lo escrito; no es lo mismo la lectura rápida que la lenta, ni en voz alta, baja o silente, pública o privada, la hecha en nuestra madurez o en otras etapas de la vida, la libre o la condicionada, académica o crítica, digital, patológica, religiosa..., o la relectura. No pretendemos lo mismo en cada una de estas situaciones, que sí ayudan, como dice el autor, a conformar una *fenomenología de la experiencia estética*. Prácticas tradicionales como las de las escuelas coránicas con su balanceo rítmico, o actuales como los mensajes instantáneos, no sustituyen otros tipos de comunicación escrita, sino que los complementan como procede con un instrumento que usamos en muchas situaciones cotidianas para cosas muy diversas. A ello se llega por la educación y por el uso.

A la pregunta *quién lee* parece ir dirigido el ensayo de Iveta Nakládalová, que bien podría haberse titulado *Metáforas de la lectura docta entre 1450 y 1650*. La experiencia lectora en la época a que se refiere el libro describe justamente el lento tránsito que la va depositando en nuestra sociedad actual. Surge, dada la evolución de la industria del libro, en espacios muy limitados, se enfoca hacia un público culto,

y a la vez se extiende mientras la cultura oral va transformándose en escrita, en continuo alejamiento del modo popular. Estos cuatro factores al interactuar (culto-popular y oralidad-escritura) cambian definitivamente la comunicación por oposición y por mutua influencia, mientras las lenguas vulgares van adueñándose del espacio del latín, lengua de cultura, comunicación, y también de separación y estratificación del conocimiento científico. La difusión del método lector del Humanismo, centrado en géneros y formas muy restringidas, y en tanto reglado y medido, se acerca mucho más de lo aparente a la creatividad. El binomio formado por la lecto-escritura, por su dependencia de los modos de ejercicio, opera directamente sobre aquello que deberíamos esperar como receptores activos: nunca se ha escrito como se ha hablado, y también Valdés merece en esto una *relectura* como Barthes, pero sí se escribe como se lee y viceversa. La profusión de metáforas de la lectura docta, desde la melificación (escoger como las abejas con las flores los mejores pasajes, autores y expresiones rehuendo las espinas) hasta las de tipo digestivo (el alimento del alma, la voracidad lectora, la indigestión de muchos o malos libros, la extracción del jugo o traspasar la corteza de la letra...), pasando por las imágenes espaciales silvestres (el jardín o el árbol del conocimiento, los campos de flores...) o edificatorias (el edificio del saber, el almacén, el albergue...), traspasan las fronteras del Renacimiento estando presentes ya en el mundo grecolatino muy vivamente. En un principio estos tropos de la lectura –si tuviera algo que achacar a este estudio estaría centrado en la escasa atención que Nakládalová pone en el estudio del mecanismo metafórico, entre el imaginario cultural de Blumemberg (p. 11) y el añejo (1958) principio lógico-argumentativo tomado de Perelman (p. 40)– están destinados a entender la lecto-escritura

como pedagogía, enseñanza o aprendizaje. El proceso de lectura culta invita a los lectores oyentes, no lo olvidemos, a adentrarse en la rueda del libro, buscando lugares, citas, pensamientos (como en la prosodia dieciochesca), y todo el caudal de la *copia verborum* para ser mejores, para aprovechar, para entender y explicar el armazón de conocimientos y expresiones prestigiosas que un varón –así era en principio y sería absurdo negarlo– culto europeo debía de dominar. Y dominaba en verdad porque el lector que esperaba encontrarse con un texto empedrado de máximas y ejemplos, al escribir buscaba abiertamente repetir el mismo proceso, cerrando de esta manera el círculo, y ello explica la lectura docta en sus caracteres de pausa, atención o disfrute detenido como se desprende de los campos metafóricos y de técnicas como la *ruminatio*. Durante siglos la oscilación pendular entre originalidad y tradición se atenía al espacio de la manipulación de materiales. Saber que junto a la mesa de Lope de Vega, curiosamente un escritor en lengua vulgar y abundante en géneros de menor prestigio (la comedia, la novela corta o incluso la lírica amorosa), había repertorios y polianteadas para coincidir en el epíteto preciso o en el *locus* tradicional con Virgilio o Calímaco no le resta un ápice de su genialidad, si bien era muy posible que el público de los corrales en su mayoría ignorase estas conexiones y el otro vinculase por su educación ciertas lecturas a algo pecaminoso, o cuanto menos estéril e intrascendente.

Me interesa especialmente detenerme en la influencia de la Retórica en tanto lectura persuasiva y propiciadora de juegos creativos. A despecho de las críticas románticas, época que supura retoricismo por todos sus poros, la Retórica, y su hermana la Poética, no encorsetan con sus normas y reglas a los escritores, sino que les provocan desafíos, argucias, ejercitación para ser mejores en su oficio. Las in-

finitas retóricas que llenaron esta época de inflación no eran obras literarias sino manuales sobre cómo hacer las cosas, que ya eran a su vez una síntesis de otros textos en diferentes grados de desarrollo. No hemos aprendido a leerlos como entonces sí se leyeron: un método para ordenar el contenido, conocer los límites del lenguaje, y para adquirir conocimientos, ya que un orador, un humanista o un sabio, debían saber de todo, desde cómo actúa el ser humano hasta qué podemos esperar en una circunstancia u otra de la infinitas en que podríamos encontrarnos. Esta diversidad de material educativo se va asimilando pedagógicamente mediante el ejercicio de una racionalidad aplicada en una lógica cohesionante del discurso que proviene de la oratoria clásica. Esperamos, por tanto, de un lector docto, que sepa revertir en su escritura lo que ha alcanzado mediante la lectura, ya sea la disciplina constructiva como la atención a determinados aspectos textuales en los libros. El modo de leer retórico atiende, pues, a una potencialidad de posibilidades en unos modelos escogidos en los que el instrumento de la imitación impone el soporte ideal de una organización específica de los saberes y la forma de comunicarlos. Así que la literaturización de los estados de la causa, los atributos, los lugares comunes o el tema –en principio una parte prescindible del discurso–, no ha surgido de una manía retoricista sino de la misma necesidad comprensiva de *ratio legendi* que la crítica actual pretende al reflejar en cualquier cuento los elementos estructurales del relatos o las marcas de la ficción.

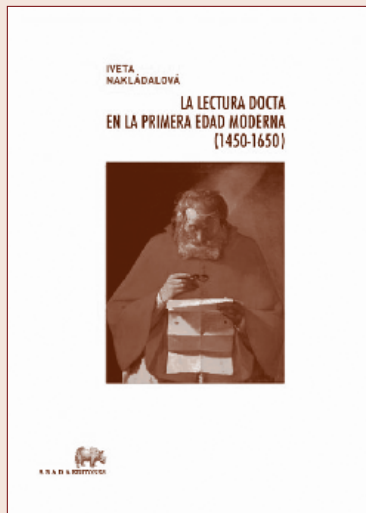
El resultado de un proceso normado, que nace en la necesidad de adquirir una expresión apropiada a cada circunstancia para después ser capaz de hacerlo estilísticamente, pervive unido al contenidismo, o mejor, a la prioridad del caudal de conocimientos que la obra puede ofrecer. Y estos pueden aparecer envueltos en bellísimas

expresiones que, como en el caso de la lectura devota, seducen por su contribución al estímulo edificante. Por eso la erudición necesitaba de un proceso de ensamblaje (pp. 279 y ss.) o de reutilización *-riuso-*, de repertorios, tesauros o glosas de los mejores autores y obras despiezados, desagregados de una integridad y presentados como parte de otra. Durante siglos las antologías y los pasajes seleccionados han convivido con catálogos de anécdotas, apotegmas, máximas, entimemas, ejemplos o “coronas” de tropos y figuras. Un placer del reconocimiento y del aprendizaje; una práctica de estudio, de variedad en ociosa *urbanitas*, de desafío a la memoria que complementaba pragmáticamente. En suma, un instrumento formativo que permanece tanto en la etimología cuanto en el imaginario pues una lectura consistía en una *lectio* destinada al estudio. Inevitable concluir con la autora, y su predecesor Anthony Grafton, que tales prácticas instituyeron una específica “poética de la recepción” (p. 285).

La búsqueda en la siempre inabarcable maraña de los libros de citas, de expresiones felices o de conexiones intelectuales, hoy llamadas redes, nos ejercita en un hábito determinado de lectura. Con esa premisa, el libro de Darío Villanueva (2007) puede servirnos para preguntarnos *cómo se lee* no empíricamente, sino a despecho de *cómo interpretamos los que leemos*. El profesor Villanueva (2012) nos acaba de explicar en esta revista su adhesión al concepto fenomenológico de la lectura en cuanto la trascendencia del acto lector respecto a la relación comunicativa

y a la contextualización del contenido. En mitad de los embates postestructuralistas ha sido difícil sostener que el libre ejercicio de las necesidades del lector, ya sea la búsqueda de una armonía en el texto, con un sentido y un final, no le convierten en el productor del texto. La vuelta a una cierta centralidad, provocada por un nuevo Positivismo, nos ha recordado el respeto al documento escrito, la necesidad de la ecdótica para fijar una “historia textual” que a veces nos va decir más con su recepción que la suma acumulativa de lecturas interpretativas del Pragmatismo. La Poética de la Lectura, y es opinión de Darío Villanueva (2007: 121), consistiría en el “análisis del conjunto de principios o reglas, explícitos o no, que los textos contienen en sí mismos al

objeto de ser leídos óptimamente.” Caso singular el de Quevedo, en cuya práctica escrituraria la máxima de que la Literatura de verdad nace de la Literatura y desemboca en Literatura, se cumple rigurosamente, obligando al lector a un esfuerzo sobresaliente que le permita suplir el abismo distanciador entre su práctica de reescritura y de intertextualidad. El famoso soneto *Desde la Torre*<sup>6</sup> es un modelo máximo de la combinación



de temas, fuentes y lugares comunes a pesar de las inspiradoras imágenes que tanto ha aprovechado la Hermenéutica; si bien nada hace sospechar un esfuerzo crítico o una lucha baldía *contra* el o los sentidos de estos libros que a veces confiesa no *entender* en el contexto intelectual de la lecto-escritura docta, con los cuales Quevedo mantiene “comerzio” o “conversación” (2007: 51-60), sino la doble sinestesia de



*escuchar con los ojos siempre abiertos.* Toda la acumulación de ideas, tópicos y huellas de que se nutre esta composición poética requiere, como dice Darío Villanueva, un tipo de lector especial, “hiperactivo” (p. 115), en cuya actividad las huellas en el poeta madrileño del estoicismo, del elogio culto de los libros, la más evidente actitud reflexiva general, opera en diferentes niveles, y nadie sería capaz de juzgar un mayor deleite al reconocer el tópico del *beatus ille* o la imagen platónica de la escritura como fúnebre enterramiento de la sabiduría oral, por ejemplo, que al disfrutar durante la lectura con la musicalidad o la belleza conceptual del poema.

La experiencia del receptor, obligadamente, recubre aspectos de la obra literaria, pero así como la lectura placentera es libre de adoptar las conclusiones que desee al respecto, la Crítica debería atender al polisentido literario en función de las necesidades del propio texto, aunque en ocasiones parezca atenerse a las metodologías de su escuela. Es difícil, por tanto, suponer que la subjetividad de los receptores pueda ser de algún modo corregida por la representación de algún tipo de verdades en la escritura, aunque fueran verdades de la ficción o de la poesía, igualmente inventadas o formuladas como parte de la naturaleza literaria. La verdad poética opera en función de las limitaciones del texto no de la relación que el sujeto lector establece entre lo leído y su propia experiencia vital. En los manuales de preceptiva del siglo XIX se decía que la verdad era una condición indispensable del fondo de toda obra literaria pero también en este aspecto operaban las licencias, en concreto la verosimilitud. Una vez decidimos que vivir en los libros podría ser una segunda vida placentera, hemos desarrollado una hiperestesiada capacidad de identificarnos con el autor, deseamos ser el *creador* de las palabras que tanto nos han afectado. Ciertamente, como afirma Villanueva apoyándose en

Ortega, que “todo gran poeta nos plagia”, pero también, y en esto yo apunto hacia otro aspecto del problema, que en la ficción o en la estilización poética, en muchas ocasiones, no buscamos otra verdad del mundo que una idealización o una ampliación dimensional (o *pleonaxia* en palabras del filósofo, que me permito traer aquí), un hambre de fantasía que no deja de ser una ilusión y una interpretación imaginativas. Por eso tal vez no aprendamos nada que no supiéramos o intuyéramos, ni sea necesario, con algunas lecturas, sobre todo con la poesía lírica, ya que siguiendo la argumentación del mismo Ortega, en cierto modo platónica, todo lo que nos dice el poeta “lo habíamos «sentido» ya, sólo que no sabíamos decirnoslo. El poeta es el truchimán del hombre consigo mismo.” (2009: 618). Acaso más concernidos porque todo hombre es poeta de nacimiento (2009: 1148) y la vida, en definitiva, una faena poética (2009: 137). De este modo pierde algo de sentido el hecho de que las interpretaciones puedan ser válidas en función de una aproximación parcial o subjetiva a la realidad o solamente a la realidad vital de cada lector, y gana peso y coherencia pensar en el autor como partícipe de cierta universalidad de la experiencia humana. Quizás el grado de “universalidad” dependa de *cómo interpretamos los lectores*, mientras que la Crítica no operaría en tanto lectura interpretativa cuanto en metodologías formalizadoras e integradoras de la coherencia de la obra literaria. Siempre que creamos en ella. En una entrevista reciente la escritora Margaret Atwood recurría a una bonita imagen del lector como un violinista que interpreta una partitura al leer, desdeñando la “fantasía postmoderna” de que cada uno pueda interpretar lo que desee ya que como sucede con las partituras de Mozart, por ejemplo, hay unos límites para esas interpretaciones –reconociendo así que puedan existir varias–, pero “No son infinitas.”

## CITAS

<sup>1</sup> No voy a dedicar espacio a describir pormenorizadamente procesos históricos que han sido ya muy bien explicados. Para comprender la importancia de la escritura en convivencia con la oralidad y sus factores de conflicto, oposición y colaboración sigue siendo muy actual el libro de Walter Ong (1982): *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, México, F.C.E., 1987.

<sup>2</sup> Baste repasar algunas bibliografías del ingente número a que hoy tenemos acceso sobre este asunto. Por mi parte remito a lo más cercano en esta ocasión: Alberto Manguel (1996): *Una historia de la lectura*, Madrid, Alianza, 1998, Jesús Mosterín (1993): *Teoría de la escritura*, Barcelona, Icaria y Frédéric Barbier (2001): *Historia del libro*, Madrid, Alianza, 2005.

<sup>3</sup> Tuve ocasión de referirme a ello y remitir a una brevísima bibliografía (a la que ahora remito, por no repetirme) en el número de octubre-diciembre de 2008 de *Cálamo-Faspe*, 52, p. 39.

<sup>4</sup> En España fue coyunturalmente muy comentada la exposición –más por sus salaces críticas que por los argumentos utilizados en defensa de sus criterios, en ocasiones manejados con cierto desdén– que Juan Luis Alborg (1991) hizo de las consecuencias últimas de los propósitos de las teorías sobre la lectura en Estados Unidos, donde vivía. Su principal premisa en esta defensa consistía en el solipsismo de los críticos al pensar que todos los lectores actuaban como ellos: “Si el lector ordinario tuviera noticia del saber que le exigen [Angelo] Marchese y todos sus compañeros, dejaría los libros con horror y la industria del libro desaparecería del planeta como un día desaparecieron los juglares; ese lector acojonado se dedicaría a la televisión y no volvería a leer.” (p. 594). Y aparte del *espanto* que le produjo la “comunidad interpretativa” de Stanley Fish, cuanto los argumentos en su contra de Jonathan Culler (quizás esto más todavía), lo que realmente le dejó anonadado fueron las ideas con que J. Hillis Miller defendía su hermenéutica negativa contra las acusaciones de M. H. Abrams, no contra el aspecto lúdico de la crítica sino contra que ésta sea solamente diversión: “Pero quien pasa hambre, quien trabaja de forma inhumana para vivir, quien sufre injusticias sin más poder para remediarlas que el que tiene un gusano al que aplastamos con el pie, no se puede regir por los mismos principios hermenéuticos que quienes comentan

los *poems* [de Wordsworth]. Para contemplar el nihilismo con la impasibilidad de Sísifo, hay que ser –pongo por ejemplo– profesor de Yale.” (p. 944)

<sup>5</sup> Sabemos que esto nunca fue así del todo aunque el signo de los tiempos indujo a la desmesura, como podemos observar siguiendo la aceptación que tuvo en su momento *Obra abierta* (1962) de Umberto Eco suponiendo que se refería a las infinitas posibilidades de interpretar los textos y no a características propias de un modo de hacer Literatura, sobre todo novelesca, frente a los rigores sugeridos por la negativa del mismo ilustre crítico a las derivaciones excesivas del análisis del sentido en *los límites de la interpretación* (1990, aunque compuesto por artículos de los años 80 muy cercanos a su *Lector in fabula* de 1979). Unos y otros pretendieron verse defendidos por tan ilustre, con justicia, compañía.

<sup>6</sup> “Retirado en la paz de estos desiertos, / con pocos, pero doctos libros juntos, / vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos. / Si no siempre entendidos, siempre abiertos, / o enmiendan, o fecundan mis asuntos; / y en músicos callados contrapuntos / al sueño de la vida hablan despiertos. / Las grandes almas que la muerte ausenta, / de injurias de los años, vengadora, / libra, ¡Oh, gran don Joseph!, docta la imprenta. / En fuga irrevocable huye la hora; / pero aquélla el mejor cálculo cuenta / que en la lección y estudios nos mejora.” Ed. de J. M. Blecua *apud* Villanueva (2007: 14-15).

## BIBLIOGRAFÍA

- ◆ Alborg, Juan Luis (1991): *Sobre crítica y críticos*, Madrid, Gredos.
- ◆ Aullón de Haro, Pedro (2012): *Estética de la lectura. Una teoría general*, Madrid, Verbum.
- ◆ Nakládálová, Iveta (2013): *La lectura docta en la Primera Edad Moderna (1450-1650)*, Madrid, Abada Editores.
- ◆ Ortega y Gasset, José (2009): *Obras completas*, Madrid, Taurus-Fundación José Ortega y Gasset, tomo IX.
- ◆ Villanueva, Darío (2007): *La poética de la lectura en Quevedo*, Madrid, Siruela.
- ◆ Villanueva, Darío (2012): “Del acto de leer a la poética de la lectura”, en *Cálamo Faspe*, 60, Anaya, págs. 3-17.